

DIAS DE BOCHORNO. / "La Nación", Buenos Aires (Reública Argentina), 15 octubre 1911/

O. C. Bruno X

DIAS DE BOCHORNO

Para (La Nación)

BILBAO, septiembre de 1911.

«No he escrito sino cuando tenía algo que decir y sólo en el mes de septiembre más o menos César Franck. Difícil es, y no precisamente porque no es vicio, obligado a escribir cuando nada que decir tenía, sino porque eso supone que no sintió nunca esa imperiosa necesidad íntima—hija acaso del hábito—de tener que escribir, sepa ó no el que escribe si es que tiene ó no tiene nada que decir. Y digo que lo sepa ó no el que escribe porque es frecuente que el escritor ignore lo que tiene que decir hasta que se pone a su tarea. De la forma surge el fondo. Del apetito íntimo de escribir, de la necesidad externa—acaso económica—de tener que hacerlo, del simple hábito surge el asunto.

Esta especie de prólogo justificativo ó apologético me lo sugiere la especial situación de ánimo—consecuencia en gran parte del estado de cuerpo—en que me siento sumido desde que á mediados del pasado agosto llegué á esta mi villa natal. Caf aquí en plena obsesión pública tauromáquica, cuando apenas se oía sino del Cocherito de Bilbao, de Lecumberri y de otras notabilidades taurinas. Y ello me entristeció soberanamente viendo en esta nueva monomanía, en este empeño de exaltar á los toreros vascongados, una nueva forma de la vanidad regional que no acierta á orientarse en campos más fécondos. La actual monomanía tauromáquica de Bilbao, aunque circunscripta, es un fenómeno digno de la más escrupulosa atención. Significa la desviación de una suma de energías espirituales á un campo que parece neutral á las luchas económicas, políticas y religiosas. ¿Religiosas digo? No, porque la lucha religiosa, desligada de la política, no se ha planteado aún aquí.

Pasó la fuerza del entusiasmo tauromáquico y empezaron estos días de calor sofocante, absolutamente insólitos en esta época del año. Ya tenían, pues, las gentes de qué hablar. Porque hablar del tiempo es lo que mejor permite que los hombres conversen entre sí, dándose la ilusión de vivir vida social, sin herirse mutuamente y sin comprometer conciencia ninguna. Los novios tienen que hablar y durante largas horas al día mientras la rotación de su noviazgo dura, por lo menos en estas tierras; necesitan un pretexto para estarse mirando á la cara y á los ojos. Y es dudoso que haya nada más hueco, más inútil y más insubstancial que las conversaciones de novios. Y la conversación social, la que se emprende nada más que para mantener la sociedad ó una apariencia cuando menos de ella, semejante conversación no es sino conversación de novios. El mejor pretexto es el del tiempo. Hay felices mortales que todos los años hacen la observación propia—verdaderamente propia—á fines de invierno de



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA



que empiezan á alargar los días y á fines de verano de que empiezan á acortár. Y sienten una gran satisfacción al ver que sus observaciones coinciden con las de sus conciudadanos de buen sentido y libres de peligroso amor á novedades. Sin estos hombres de tópicos y de lugar común, verdadera sal de la sociedad, ¿qué sería de nosotros?

En estos de apesadumbrador bochorno, cuando los sentidos y la inteligencia dormitan, ¿hay algo más grato que la conversación de uno de estos felices mortales á cuyas observaciones no cabe contestación alguna?

Con qué mansa dulzura, oía hace tres días á uno de estos hombres admirables que no han nacido más que para vivir y dar sueño al prójimo, explicaré cómo estos calores impropios de la estación y esta falta de agua van á perder la cosecha de maíz y la de nabo, y cómo provocan todos esos cólicos ahora aquí tan frecuentes! Es preferible oír hablar de cosas tan sensatas y tan inconcusas á oír hablar de las estocadas del Cochierito! El que así me hablaba era un antiguo, antiquísimo amigo mío, uno de esos á quien conocí antes de tener él y yo uso de razón, un compañero de la primera escuela. Y mientras me decía cosas tan razonables y justas, yo, sin oírle apenas, le miraba tratando de resucitar en mí la visión de aquel nuestro mundo infantil de hace cuarenta años. Le oía como quien oye llover, pero, ¿es que hay cosa más dulce, más íntima, más poética que oír llover, sobre todo después de una larga sequía? Y aún más dulce, más íntimo, más poético que oír llover es sentir llover, y yo no oía sino que sentía hablar á mi amigo de la infancia. Y en el timbre, en el acento, en el eco de su voz, me venían viejas añoranzas de tiempos que pasaron.

Y con el bochorno atmosférico este otro

bochorno social y político, este horrible bochorno internacional del chalaneo entre Alemania y Francia y el temor de las salpicaduras que puedan alcanzarnos. Y el asco, el invencible asco á nuestra civilización moderna á base plutocrática que se levanta en el fondo del alma de todo espíritu ansioso de humanidad al contemplar, estos procedimientos verdaderamente bochornosos. Todas las más viles pasiones humanas, todas las pasiones que nos ponen al nivel no ya del orangután ó el gorila, sino del hombre de las cavernas, que es peor que el mono entero y verdadero, todas esas viles pasiones del hombre de presa gobernado por el miedo se despiertan cuando se empiezan á anunciar estas diferencias que separan á unos pueblos de otros.

Con una mal contenida satisfacción me habla de un posible choque entre Francia y Alemania, regocijándose cada cual según sus respectivas simpatías, con la perspectiva de la ruina de una de esas dos naciones ó de las dos. Hay un sentimiento no distinto del que lleva á tanta gente á presenciar una sanguiñaria pelea de gallos. Y algo más complicado, pero más noble, cual es la ansiosa expectativa ante un suceso que pueda cambiar el curso





y la ruta de la civilización moderna. Bochorno, todo bochorno; una atmósfera espiritual de plomo con terribles agüeros de tempestades de plomo también. Y el libre y santo vuelo del espíritu cohibido. Se siente el alma en una tremenda jaula de hierro. ¿Hará falta esta tempestad para purificar la atmósfera moral? Pero bajo este peso moral el pensamiento marcha arrastrándose, con miedo. Todo lo superditamos a la terrible expectativa. La electricidad espiritual de que está cargada la atmósfera social nos trae desasosegados y sin ideas fijas. Casi todos deliran, aun sin darse cuenta de ello. Casi todos viven pendientes del telegrafo. ¿Quién en estas circunstancias logra ganar ó conservar su soledad interior, esa santa soledad que es la única en que las penas se ennoblecen? No, no, no quiero que se me escape nada concreto al respecto de esta lucha que se avienta; quiero ahogar los salvajes sentimientos que en mí despierta su expectativa. En mi vida de solitario contemplador de las vicisitudes del pensamiento humano en los diversos pueblos he adoptado, he tenido que adoptar forzosamente una posición espiritual frente a la cultura francesa, y frente a la cultura alemana. Y esa lucha se habrá de traducir por otra lucha en mi espíritu.

Y luego entra en juego mi españolismo, ó mejor dicho, mi españolidad, este sentimiento que se me va haciendo más aborrecible cada vez. No lo puedo remediar, juzgo a los pueblos según ellos nos juzgan á nosotros, á la medida de sus esfuerzos por comprender el alma de España. No importa que no la comprendan; lo que queremos es que traten de comprenderla, es que no se atengan á seculares prejuicios. Y esta mi España ha sufrido mucho de la ligereza y la petulancia ajenas, ha temido, sobre todo, que soportar la falsificación sistemática que de su historia y de su pensamiento se ha hecho. No sé la magnitud de nuestras culpas en el siglo XVI y ni aun si fueron culpas, lo que sé es que nos las han hecho pagar bien caras. Y no ya las culpas, sino hasta los beneficios. Pero de esto más vale callar ahora.

Y el bochorno de la situación política interior, de este revolucionarismo hueco, sin contenido alguno, de este agitar por agitar, de este no querer ver ni reconocer el indudable progreso del país y abultar y ponderar los males que sufrimos, inventándolos no pocas veces. Parece esto una fragata sin timón, á merced de los vientos y de las olas. Nadie ve claro en el porvenir y hasta parece que nadie quiere ver claro en él.

Esos días se encuentra este Bilbao agitado por huelgas de cuya ínfima razón de ser no hay modo alguno de darse cuenta, clara y exacta. El fenómeno puede afirmarse desde luego que no es en rigor económico, es más bien político. Y es de notar la virulencia con que se le trata de un lado y de otro.

La huelga es ya en este Bilbao un estado crónico, debido en gran parte á la congestión de población obrera y á la crisis transicional de no pocas industrias. Esta región que Baña la ría de Bilbao ha sido





durante años como una especie de Eldorado para el excedente de brazos de gran parte del centro y norte de España. Era proverbial la leyenda de la riqueza bilbilina, que provocó una gran inmigración acá. Y luego se ha convertido en campo de experimentación de los procedimientos tácticos de lo que en un tiempo fue socialismo y hoy apenas si es más que revolucionarismo societario.

Dicen que la huelga actual, so pretexto de solidarizarse con los obreros cargadores del muelle, que acaso pretenden retardar la forzosa muerte de una industria llamada a desaparecer en su forma actual, es en realidad un acto político de la conjunción republicano-socialista empeñada en estorbar la acción de nuestras tropas en el norte de África, para así servir mejor a la república. Pero enténdase a la República Francesa. Esto dicen los unos. Y los otros

dicen otra cosa. Por mi parte me limito a decir que es una de las tantas vueltas en la cama de un enfermo que no se encuentra en ella a gusto y quiere levantarse, aunque los médicos tratan de impedirselo.

«¡Hay que hacer la revolución!» oigo á muchos, pero no he logrado emararme. Qué es lo que con esa revolución quieren hacer. A lo sumo les oigo unas cosas abstractas, muy buenas para aplicadas en una utopía, es decir, presto que de esta palabra tanto y tan mal se abusa—en una no tierra—alguna habitada por hombres abstractos, por el «homo economicus» de los manchesterianos, ó por el «animal político» de Aristóteles, ó por el «homo» de Linné. Pero para el hombre concreto y real, el que es producto de una historia y de un ambiente, que permanece, el que habla una lengua viva y no en esperanto, el que tiene un alma constituida por tradiciones, leyendas, cuentos, ángeles seculares, prejuicios, supersticiones, etc., para éste no veo nada. Y francamente, si una revolución cualquiera ha de tener por consecuencia el que yo deje de ser yo y en mi puesto se ponga á otro, renuncio á ella. Y como á mí les pasa á los más.

Tal vez parezcan á alguien demasiado conservadoras estas reflexiones que escribo bajo el peso del triple bochorno, el físico, el internacional y el nacional—pero sólo se me ocurre decirle que con todo esto veo que se aleja la verdadera, la honda, la única fecunda revolución, la revolución íntima de los espíritus, que nos permita recoger las fuerzas todas de nuestro pasado para ir construyendo el porvenir en ellas entramos, que nos permita ahondar en el manantial soterrado de las aspiraciones seculares de nuestra alma española colectiva para regar con sus aguas nuestro campo. Y ésta sí que es revolución y esta revolución sí que nos daría un motivo de vivir. Y nada más lejos del ideal de los que aquí se llaman por antonomasia tradicionalistas, sin duda, porque quieren mantener la tradición muerta.

Pero el bochorno sigue y aunque el cielo se nubla, el agua tarda en bajar á los sedientos campos. Y cada cual se fritita contra el vecino. Y casi todos sentimos una ansia loca de descanso, de reposo, de quietud, cuando una voz de alguien invisible

—añado



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



nos susurra al oído el terrible «¡anda! ¡anda!» Si, ¿pero a dónde? ¿para qué? Esa voz misma me susurra al oído de continuo: «¡escribe! ¡escribe! ¡predica!» Y en días así, como estos, de bochorno, me digo: ¡escribe! ¡escribe! sí, ¿pero a dónde? ¿para qué? Y me pongo a escribir. Y poco a poco se va disolviendo el desaliento y conforme niego se nio va apareciendo en el fondo del alma, en los vastos horizontes del espíritu una gran afirmación: un Sí como un sí, la afirmación del porvenir de mi raza, de mi pueblo, de mi España. La afirmación de todos aquellos brotes que abortaron en nuestro pasado, la afirmación de aquel ideal de vida que los azares y vicisitudes de la historia, desviándonos de nuestro curso natural, no nos dejaron cumplir. ¿No ha de dar fruto toda esta energía acumulada en largos y dolorosos siglos de lucha contra el destino?

En días así, de triple bochorno, lo mejor es acostarse al relativo fresco, en un rincón de sombra, y soñar en nuestra historia. Y ver pasar a los moros invasores de nuestro suelo y la larga lucha de la reconquista y al salir de ella el descubrimiento, conquista y colonización de América, y las luchas europeas, á que nos llevó la fatalidad de la casa de Austria, y la contra-reforma y la larga decadencia y el fugaz renacimiento, y la guerra de la independencia y el romanticismo y las guerras civiles y la fugitiva revolución y todo lo que llegue. Y pensar si debajo de todo esto no ha quedado algo, si no hay aún tesoros de alma propia por explotar. Y sobre todo si no queda en el fondo, cubierto por los despojos de esta trilla secular, un ideal de vida, un móvil de vida, que no sea ese engaño nefasto de lo que aquí se llama europeísmo.

Estos pueblos europeos no viven en rigor y en el fondo más que para divertirse. En última instancia, sus actividades todas, así que vencen la dura necesidad, se resuelven en «sport». Es «sport» su industria, «sport» su política, «sport» su arte, «sport» su ciencia, «sport» su filosofía. Todo eso del goce de vivir, del ideal, de la realización de la verdad y del bien y de la belleza, lo del progreso, lo de la vida intensa, todo ello es «sport». Y lo que es peor, «sport» distraído. En cuanto se trata de buscar el fin de la humanidad en esta tierra todo se resuelve, en «sport», en despliegue de energía para mantener la energía. Y la beneficencia y hasta la caridad misma no son sino «sport».

Pensando, mejor dicho, soñando vagamente en estas cosas imprecisas y agobiado por el calor de la atmósfera, echo de menos aquellas dulces y largas noches de invierno, en mi rincón de Salamanca, junto á la chimenea de mi hogar. ¡cuánto más grato el calor con que uno se defiende de las inclemencias del cielo, que este calor con que el cielo inclemente nos ofende! El calor que uno se hace, este es el que da vida.

MUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S